

CURIOSIDADES. BARROCO CELESTE Y DE LOS PUEBLOS DEL SUR

Luis Sáez Rueda

Entrada en blog (<http://www.ugr.es/~lsaez/blog/Welcome.htm>) del 12/02/2016

Las ondas gravitacionales son perturbaciones en el espacio-tiempo similares a las ondas que surgen en un estanque cuando cae una hoja. Se confirma así, una vez más, la visión del cosmos de Einstein, una de cuyas más asombrosas conclusiones es la de que el universo es una continuidad plástica de espacio-tiempo que se curva de diversos modos.

Es curioso que la ciencia y la filosofía coincidan en la actualidad en tantas cosas. ¿Espíritu de época? La imagen barroca del mundo es una cosmovisión que ha sido tematizada filosóficamente y que casa muy bien con la comprensión einsteiniana del cosmos. Al extraer aquí un lazo incluso con el modo de ser de los pueblos ibero-latino-americanos no queremos, de ningún modo, adherirnos a un misticismo cósmico. No se trata de que dichos pueblos estén "en armonía con el cosmos". Preferimos tomarlo como un curioso azar.

En el siglo XVII, Leibniz concibió lo real como un "plenum" continuo, algo así como una continuidad fluida que experimenta inflexiones y se torsiona de formas variopintas, como si fuese una hoja de papel que arrugamos o una túnica que se dobla de muchas formas. En la segunda mitad del siglo XX, Deleuze dilata esta idea y la convierte en la central de la visión barroca del mundo: el pliegue. Todo lo real sería un conjunto de fuerzas que se materializan, constituyendo una textura en la que todo cambio podría ser pensado como un tensar-destensar, contraer-dilatar, etc. o, de otro modo, como una superficie elástica que se pliega y repliega.

La realidad humana puede ser pensada también así si seguimos a nuestro español barroco más destacado, Baltasar Gracián, también del siglo XVII: el ser humano es un "caudal" de potencia que se materializa en las obras y acciones (pertenecientes a un estilo), que son las "maneras" (es fácil imaginarlas como pliegues de fuerza).

Cuando se dice que estamos en una época neo-barroca se está hablando de una emergente visión u "ontología" de la realidad en la que van a la par ciencia y filosofía. Pero el neobarroco tiene también su política, una onto-política. Está ligada al Sur, en particular al

mundo ibero-latino-americano. He aquí uno de sus rasgos. La comunidad no es un "conjunto" con "partes", sino una pluralidad de "mundos" plegados entre sí. Los pueblos no tienen fronteras nítidas y completamente definibles, pues son pliegues en un espacio plástico en el que se gestan mixturas y procesos de recíproca intersección.

El modo de praxis neobarroco es como un baile o una danza sobre una amplísima colchoneta elástica en virtud del cual los cuerpos se tocan y se alejan una y otra vez como si estuviesen enlazados por elásticos. No es la ruda y bruta articulación funcional de seres humanos o pueblos en un todo férreo, articulado como una máquina que posee piezas, visión del mundo que hoy nos atropella, nos somete y pretende reducir nuestra humanidad. Lo antibarroco es lo eficaz, lo geométrico, lo utilitariamente con-puesto en un todo mecánico que ha de estar bien engrasado para funcionar. Lo neobarroco es la flexibilidad de un espacio abierto y sin límites, un espacio dúctil, maleable, que nos pone a danzar y nos envuelve en un vibrante movimiento que ya no deja claro dónde acaba uno y dónde empieza el otro. Un baile de máscaras, pues los rostros se confunden. De ahí que lo carnavalesco sea realista: expresa un fondo más verdadero que el del rostro directo.

Está claro que un "modo de ser" así es reactivo al predominio de las normas, de las reglas, de las prescripciones que hacen de cada acción, ser humano o pueblo un "caso" "particular", como el hierro o el acero son "casos" particulares del metal. Un modo tal de ser ama lo "singular" irrepetible, que introduce siempre una excepción en la regla y que es, por eso, sacrificado cuando se lo subsume y ata a ella. Prefiere que estas, las reglas, surjan en el bullir caracoleante mismo (reglas que nacen, caen y renacen, que están en estado naciente). Prefiere el camino que se hace al andar al camino ya previsto y funestamente obligado.

A nosotros, a los ibero-latino-americanos, nos dan arcadas todos estos forcejeos, disputas y debates tan actuales, tendentes a hacer encajar todas las piezas del juego en una casita de muñecas. Nos repele la racionalización de la existencia. Y por eso nos experimentamos conquistados por un alma muerta, hoy expansiva. Por eso, también, experimentamos "malestar en la cultura" y no sólo "indignación política".

¿Cómo podríamos, de un modo más concreto, aceptar de buen grado al capitalismo reinante? Él obliga a danzar en una sala de baile ficticiamente "liberal", pues nos deja

danzar, sí, pero de acuerdo con reglas tácitas muy rígidas. Él nos obliga a dejar de plegar. Quiere la recta y la cuadratura. Simula dejarnos hacer camino, pero sobre una autopista calculable.

¿Dónde reside la resistencia del espíritu neobarroco a este asalto? En la posibilidad de fagocitar todo aquello que se nos impone. En efecto, el pliegue deja entrar al poder intruso, se repliega sobre él y lo incluye en la danza entera. Con ese gesto y argucia lo relativiza y lo doblaga. Pero los potenciales de la cultura para fagocitar de este modo son sofocados, casi siempre, bajo el mando de un soberano que parece barroco y no lo es: un soberano que se opone frontalmente a la normación extraña mediante otra normación. No danza, sino que somete el baile a una anti-regla y se comporta como el verdugo pero invirtiendo sus armas.

La potencia barroca es un modo de ser. Se expresa en maneras, una de las cuales podría adoptar la forma de una administración diferente de la "cosa pública". Es una posible conformación de mundo humano y de colectividad que hoy se nos ofrece como alternativa. No siendo la única, es, sin embargo, la alternativa reprimida en nuestra historia sureña. Valdría la pena quitarle los grilletes.

Más sobre estas cuestiones del neobarroco en:

— Sáez Rueda, L., *Ser errático. Una ontología crítica de la sociedad*, Madrid, Trotta, 2009, capítulo 6.3.

— Sáez Rueda, L., *El ocaso de Occidente*, Barcelona, Herder, 2015, capítulo 6.1.